

Burgos, en Valladolid, donde se hallaba la corte á la sazón, en toda Castilla-la Vieja, en Portugal y en toda la Andalucía. Esperimentando S. Ignacio las bendiciones que echaba el cielo sobre todo aquello en que el padre Francisco ponía la mano, le hizo comisario general de España, de Portugal y de las Indias Orientales; pero al mismo tiempo que le nombraba superior de todos, le sujetó á la obediencia de otro padre en lo tocante á la dirección y gobierno de sus penitencias, que cada día eran mas escusivas. Bendijo Dios sus trabajos y su zelo. No solo introdujo y fundó la Compañía en las doce ciudades mas principales de España, sino que renovó el primitivo fervor en no pocos monasterios, reformó las costumbres en las provincias y en la corte, resucitó la devoción á la santísima Virgen, introdujo en todas partes la frecuencia de sacramentos, y solo con dejarse ver movía y enternecía á todos hasta derramar muchas lágrimas.

Murió Ignacio, y Francisco sintió su muerte; pero la sintió como santo. El miedo de que si volvía á Roma se avivase mas en el papa el pensamiento de hacerle cardenal, que nunca habia depuesto del todo, le hizo encontrar mil razones para excusarse de asistir á la elección de nuevo general. El padre Lainez, que sucedió á S. Ignacio, queria tener á Borja cerca de sí; pero como aconteció por este tiempo el retiro del emperador al monasterio de Yuste, se vió precisado á dejarle todavía en España. Deseaba Carlos V ver al padre Francisco; y no ignorando éste las malignas impresiones de que habian imbuido en Alemania el ánimo de aquel príncipe contra su sagrada religion los enemigos de la Iglesia y de la Compañía, pasó al punto á visitarle. Recibióle el emperador con las mayores demostraciones de amor y de estimación; tuvo con él diferentes conversaciones sobre las reglas, el espíritu y el fondo de su instituto; quedando tan desengañado, que no solo formó un alto concepto del mérito de Francisco, sino tambien el mas superior aprecio de la excelencia y de la santidad de su nueva religion. Honróle mas que nunca con su imperial benevolencia, y le encargó varias comisiones para las cortes de España y de Portugal, que desempeñó Francisco felizmente, acompañando siempre á todas sus empresas el zelo de la salvación de las almas.

Habia nacido la Compañía de Jesus en el monte de los mártires; queria Dios que se criase en medio de las persecuciones á imitación del divino Salvador, con cuyo nombre se honraba, y permitió que por entonces fuese perseguida furiosamente en España. Conjuró Borja dichosamente todas aquellas tempestades, y en breve tiempo se descubrió el cielo sereno. Murió el emperador

Carlos V; pronunció Francisco su oración fúnebre en presencia de toda la corte, y todos convinieron en que aquel gran emperador habia sido dichoso, mereciendo los elogios de un hombre tan santo y de un juez tan íntegro, justo apreciador del mérito verdadero.

Padeció el Santo por este tiempo una grave enfermedad; convaleció de ella, y habiendo hecho la visita de todos los colegios de la Compañía que habia en Portugal, habiendo predicado la cuaresma en la catedral de Evora, y habiendo visitado al célebre don fray Bartolomé de los Mártires, que acababa de fundar un colegio de jesuitas en su ciudad arzobispal de Braga; estando en la ciudad de Oporto tuvo noticia (sin que le causase la menor inmutación) de que la inquisición de España habia condenado un libro espiritual que corria con su nombre. Siendo duque de Gandía habia compuesto para su uso particular dos trataditos espirituales sobre la humildad (que toda la vida fué su querida virtud), intitulados, el uno: *Espejo del hombre cristiano*; y el otro *Colirio espiritual*. Ambos se habian impreso sin noticia suya en diversas ciudades del reino; pero viendo los libreros que era corta la ganancia por lo reducido del volumen, resolvieron abultarle, añadiendo á los dos tratadillos del padre Francisco otros once de diferentes autores sobre materias espirituales; y para asegurar el despacho á todos los intitularon *Obras del Duque de Gandía*. Con este título salieron en el edicto de la inquisición ó en el espurgatorio, sin hacerse distinción de las que eran obras del Santo y de las que no lo eran. No habia cosa mas fácil para Francisco que justificarse; pero no se lo permitió su amor á la humillación, queriendo mas padecer aquel sonrojo, entregándose al silencio, que perder el mérito de la humildad volviendo por su causa.

Los padres Lainez y Salmeron tenian que pasar al concilio de Trento como teólogos del papa, por lo que recibió Borja una orden de su general para que se trasladase á Roma á ejercer el oficio de vicario suyo durante el tiempo de su ausencia. Desempeñó este empleo con tan universal aplauso, que muerto el padre Lainez el año de 1565 fué electo general, sin que hiciesen fuerza sus razones ni sus ruegos. Aplaudió el mundo esta elección, que costó á Francisco muchas lágrimas, y necesitó largo tiempo para enjugarlas. Muy desde luego esperimentó la Compañía las bendiciones que echó el cielo sobre su feliz gobierno. Propagóse aquella con asombrosa multitud de casas por uno y otro mundo, creciendo aun mas que las mismas fundaciones el fervor en la virtud y la aplicación al estudio de las letras. Reconocióse cada día mas ardiente el zelo de los operarios evangélicos bajo la di-

reccion de tal jefe; y á las ordenes de un general santo brillaba en todas partes la santidad de aquella tierna y recién nacida Compañía. Dió nuevo vigor á sus constituciones; enriqueció su instituto con prudentísimos reglamentos, y puso, por decirlo así, la última mano tanto á la disciplina regular, como al régimen mas acertado de la escuela. El papa S. Pio V hizo muchas ventajas á sus predecesores en la grande estimacion que profesó á nuestro Santo, y en los favores con que honró á su religion. Apreciaba mucho sus consejos, y consultaba á Borja en casi todas las necesidades de la Iglesia. No hubo provincia en la cristiandad adonde su caridad no se extendiese; no hubo pais inficionado del error que no experimentase los efectos de su zelo.

El único privilegio que juzgó le concedia aquella suprema prefectura, era no reconocer ya superior dentro de la religion que pudiese poner límites á los rigores de sus penitencias. Mortificaba su cuerpo con todos los modos que podia inventar una ingeniosa crueldad. Confesaba que seria para él intolerable la vida si se pasase un solo dia sin solicitar que experimentase su carne algun extraordinario dolor. No contaba los ayunos en el número de las penitencias; las disciplinas eran de ochocientos golpes; repetíalas muchas veces al dia, de manera que sus espaldas eran una sola llaga. Pero bien se puede decir que su principal virtud fué la humildad. Ningun hombre se despreció mas á sí mismo; ninguno deseó con mayores veras ser despreciado de los demás. Firmábase por lo comun *Francisco Pecador*. De las mismas dignidades á que le elevaban sabía aprovecharse diestramente para humillarse mas, y confesó con ingenuidad á un confidente suyo, que para él no habia gusto ni alegría mas sensible que cuando le maltrataban. Así, pues, no hay ya de que admirarse si Dios inundaba aquel corazon con torrentes de espirituales delicias, destellos anticipados de los gozos de la gloria. Era su oracion un éstasis continuado, y sus dulcísimas lágrimas en el santo sacrificio de la misa efecto del ardor de aquel corazon abrasado en el amor de su Dios. Bastaba pronunciar en su presencia los santos nombres de Jesus y de María para observar sus ojos arrasados en tiernas lágrimas, y todo inflamado su semblante. Por su extraordinaria devocion á la santísima Virgen se puso en camino para Loreto en lo mas fuerte de una violenta enfermedad: luego que partió comenzó esta á ceder, y cuando llegó al término de su peregrinacion se halló enteramente sano. S. Pio V para asegurar la liga que queria hacer con Felipe II y la república de Venecia contra el Turco, envió por legado al cardenal Alejandro, y quiso que nuestro Santo le acompañase y ayudase á

tratar con los reyes de España, Francia y Portugal los negocios de que iba encargado. En Valencia fué recibido nuestro Santo con gran júbilo por su hijo el duque de Gandia. Obligado por D. Juan de Ribera, arzobispo de aquella Iglesia, predicó en la catedral con admiracion y gran fruto del auditorio. Nadie pudo acabar con él que pasase á Gandia. En la corte fué muy bien recibido. El rey trató con él algunos negocios de mucho servicio de nuestro Señor. Pasaron á Portugal, y luego volvieron por España á Francia.

Restituidos á Italia, habiendo dicho misa en el camino el dia de la Purificacion de nuestra Señora le asaltó un recio accidente. Con este trabajo llegó á Ferrara á tiempo que estaba junto el conclave de los cardenales, donde seriamente se pensó en hacerle papa; pero con la noticia de su enfermedad y con la memoria del teson con que por siete veces se resistió á admitir el capelo, se dejó aquel pensamiento. Prosiguió en su rigor la enfermedad, y tomó el camino de Roma por Loreto, donde satisfizo su ardiente devocion á la santísima Virgen. Llegó á Roma muy postrado, y no quiso admitir mas visitas que las de sus hermanos. Envio uno de ellos al papa pidiéndole su bendicion y una indulgencia plenaria de sus pecados. Recibió los sacramentos con extraordinario fervor; pidió perdón á los padres de los malos ejemplos que le parecia haberles dado; recogióse en oracion; elevóse su espíritu á Dios por un éstasis maravilloso; volvió de él, y lleno de aquella confianza que acompaña á los santos hasta el último suspiro, entregó tranquilamente el alma á su Criador el dia primero de octubre del año 1572, al ir á cumplir los sesenta y dos de su edad.

Luego que espiró todos los Padres de la casa profesa, testigos de la santidad de sus obras y de los milagros de su vida, se hincaron de rodillas para implorar su intercesion. Hallábase presente D. Tomás de Borja, hermano del Santo, y deseoso con devota curiosidad de ver por sí mismo la piel vacia, correspondiente al estómago, que le doblaba toda la cintura, efecto portentoso de sus ayunos y de sus penitencias, todas las veces que para este fin aplicó la mano debajo de la sotana la sintió inflamada, entorpecida y sin movimiento. Así depone esta maravilla el mismo señor en la relacion de las virtudes y milagros de su santo hermano, que compuso siendo arzobispo de Zaragoza; y compulsada en los procesos verbales de su beatificacion y canonizacion, se halló en todo conforme con las deposiciones de todos los demás testigos.

El prodigioso concurso del pueblo que acudió á su entierro fue

como la voz de Dios que publicaba la gloria de su fiel siervo. No hubo cardenal ni prelado que no quisiese besarle los pies. Colócase por entonces el precioso depósito de su cuerpo en la iglesia antigua de la casa profesa, donde fué venerado por la devocion particular de los fieles hasta el año de 1617. El día 23 de febrero del mismo año le pasaron á la sacristía de la misma casa; algunos dias despues le trasfirieron á la iglesia de Jesus, y de ésta el cardenal duque de Lerma, primer ministro de Estado de Felipe III, y nieto de nuestro Santo, logró con su autoridad y valimiento trasladarle á la corte de Madrid, donde fué colocado en la suntuosa iglesia de la casa profesa de la Compañía que el mismo cardenal habia edificado á sus espensas, celebrándose esta traslacion con grande solemnidad. Luego que el Santo fué beatificado por el papa Urbano VIII en 24 de noviembre de 1624, le escogió la villa de Madrid por su protector, juntamente con san Isidro labrador, su principal patrono: disposicion admirable de la divina Providencia para que los grandes del mundo tuviesen á la vista dos ejemplos que por caminos diferentes los enseñasen á usar cristianamente de la grandeza de la tierra: el de Isidro despreciándola teniendo delante de los ojos un pobre labrador elevado á tanta gloria; el de Borja aprovechándose de ella, con un grande de España á la vista, venerado en los altares. Aceleró mucho su canonizacion el crecido número de milagros que obró Dios por intercesion de nuestro Santo; y terminada felizmente por el papa Clemente X el año de 1671, fué solemnizada con grandes fiestas en los pueblos de España. Su fiesta se celebró al principio el día 3 de octubre; pero la trasladó y la fijó al día 10 el papa Inocencio XII.

#### SAN LUIS BELTRAN, CONFESOR.

EN la nobilísima ciudad de Valencia, á primero de enero de 1525, nació S. Luis Beltran para honra de su patria, provecho universal de la Iglesia, y lustre de la religion del glorioso patriarca Sto. Domingo. Fueron sus padres Juan Luis Beltran, notario, y Juana Angela Exarche, personas de mas piedad en sus costumbres, que fortuna en los bienes de este mundo. Criaron al niño con todo aquel cuidado que les sugeria el amor paternal, y mucho mas con el esmero que les dictaba la piedad cristiana. Las felices disposiciones que manifestaba desde los primeros momentos de su vida para la virtud, no permitian que fuesen infructíferas las diligencias de sus padres. Así se veia que ayudadas mutuamente la naturaleza y la educacion hacian unos progresos iguales á las es-

peranzas. Las cosas sagradas tenian para el santo niño tal atractivo y encanto, que ellas disipaban sus disgustos, acallaban sus lloros y le bañaban el rostro de alegría. Con llevarle á la iglesia ó presentarle delante de las santas imágenes de Jesus y de María se le tenia perfectamente entretenido. Con tan felices anuncios fué creciendo, y con él la virtud y la piedad, hasta que comenzó á rayar en él el uso de la razon. Entonces comenzó á verse en todo su esplendor aquella alma dichosa, á quien Dios habia prevenido con las bendiciones de su copiosa gracia.

Apenas tenia ocho años cuando anticipada una tierna devocion á la Reina de los ángeles, la rezaba diariamente su oficio. A esta oracion vocal acompañaba la contemplacion fervorosa de los divinos misterios, para lo cual se retiraba con frecuencia á los lugares mas secretos de su casa, en donde alimentaba su alma con celestiales dulzuras. Desde aquella edad comenzó á afligir su cuerpo con varios géneros de mortificaciones, unas veces ayudando á pan y agua, y otras privándose del sueño para emplearse en la oracion. Lo poco que dormia era sobre una arca ó en el duro suelo, y para que la vanidad no hallase puerta por donde entrar á su alma, cuidaba todas las mañanas de descomponer la ropa del lecho, previniendo con este santo artificio la reprension que pudieran darle sus padres. Palabras descompuestas, enredos y juegos de niños, tan frecuentes en aquella edad, jamás se vieron en nuestro Santo. En su lugar asistía á los templos, ayudaba á los sacerdotes en el santo sacrificio de la misa, manifestando en todo un juicio y cordura de anciano. Era humildísimo y obediente para sus padres; y si tal vez veia á su madre enojada por algun incidente de la casa, tomaba un libro, y leyéndola alguna cosa oportuna, desarmaba su ira, y volvía la tranquilidad á su corazon. Con este tenor de vida llegó á los quince años, redoblando de cada vez los fervores de su devocion, tanto, que juzgó su confesor que tenia el espíritu necesario para comulgar diariamente. Bien conocia el santo jóven que este era un privilegio que podia llamar hácia sí las atenciones curiosas del mundo; pero él prevenia diestramente sus censuras, variando siempre las iglesias para que no fuese su fervor conocido. Por esta causa se persuadió á que la casa de sus padres no era el lugar mas oportuno para emplearse en los ejercicios de virtud que tanto apetecia, y así pensó poner en ejecucion el consejo evangélico, que dice: *Que se olvide su pueblo y la casa de sus padres para seguir al Señor.* Mudóse, pues, el vestido, y dejando una carta escrita á su padre, en que le declaraba sus designios, salió de Valencia con ánimo de buscar algun desierto en donde con-